PATOLOGÍA Y TERAPEÚTICA

Lujación del menudillo. — Curación.

Don Efraín Bermúdez de Quiros, vecino de esta corte, me avisó el día 10 de abril último, con el fin de que prestara mis servicios a una vaca de su propiedad, negro pechón, castrado, 7 cuartas y un dedo, de temperamento nervioso y con destino al tiro pesado.

A mi llegada se encontraba el animal en la estación forzada, ofreciendo el siguiente cuadro de síntomas: Pulsos acelerado y lleno, conjuntivas inyectadas, batimiento continuo de los oídos; el pie izquierdo en flexión y apoyando con la parte anterior del casco, cuartillas y región metatarsiana.

Practicé en seguida la exploración de dicho pie, y noté que era imposible su apoyo normal en el terreno; por más esfuerzos que para lograrlo se emplearan; notándose ya una disposición insólita en las relaciones de contacto que deben guardar entre sí los huesos de la articulación metatarsiana, y acusando el animal vivísimos dolores en este sitio. Para robustecer mis sospechas hizo que condujeran el nulo del corral y al paso un corto trecho; y entonces se le vio llevar el pie arrastrándolo con gran trabajo y apoyándolo de manera indicada. Diagnostiqué, pues, el padecimiento que sirve de epígrafe a este escrito.

Interrogado el mozo conductor, me dijo: Que el macho objeto de esta observación iba en varias tiendas de un carro con mucho peso; y dió una caja subiendo una calle de bastante cuesta. Se le levantó con gran dificultad; y notándose la posición que había adquirido el pie izquierdo y los dolores intensos que el animal revelaba, hubo que desistir de ponerle otra vez en los tiros. Por último, le llevaron á su cuadra; y durante este tiempo fué la marcha del animal lenta y penosa.

Tratamiento. — Baños repercursivos, empleados con frecuencia y por espacio de 46 horas, para evitar el incremento de la infección inflamatoria local, y para hacer luego más practicable las manipulaciones á que había de recurrir.—Tendido después del animal, y convenientemente sujeto, verificué, con el auxilio de ayudantes, la extensión, contraextensión y compacción de los huesos discélicos, no sin considerables esfuerzos, y habiendo tenido lugar de percibir distintamente el choque particular que caracteriza á la entrada de las eminencias huesosas en las cavidades que normalmente las reciben y de donde acude tranquilamente han sido desviadas.—Aplicado al vendaje y puesto el animal de pie, fue conducido á su plaza, practicándosele á allí una sangría como de dos litros, y ordenando yo que se le tuviera á dieta, con buena cama de paja, en quietud, perfecta y dándole para beber agua en blanco acídula.

Día 11 del tratamiento. — Los movimientos ejecutados por el macho para echarse y levantarse, y la circunstancia de haber desaparecido parte de la inflamación, son causa de que el vendaje se encuentre...
flejo.—Se fomenta el apósito con agua almidonada durante aquella noche, y se consigue así dejar el vendaje adherido firmemente. Se empieza á dar algunos alivios.

Día 16. Se inicia la posibilidad del apoyo con las lumbres del casco.—Suspensión de todo tratamiento externo. Alimentación aumentada.

Día 24. Es casi completo el apoyo del pie en el terreno.—Paso corto, continuando y aumentando este ejercicio, hasta el día 31.

Día 31. Levantando el vendaje con las precauciones necesarias, se advierten las lumbres tres pequeñas rozaduras; que la compresión del mismo ha ocasionado, y para cuya curación fue bastante el cubrirlas con polvos de alumbre calcinado.

Al día siguiente fue el macho enganchado nuevamente al carro. Claudicó algo tanto por espacio de dos días, pero, sin dejar de trabajar y sin cuidados especiales, curó al fin radicalmente.

He resuelto publicar esta observación por dos razones: para corroborar más y más la doctrina de que no siempre son mortales las lesiones en nuestros, grandes animales domésticos; y para añadir otro dato á los que comprobaban la eficacia del vendaje, inamovible aconsejado, para casos análogos, por M. Deiwart en su excelente Diccionario de medicina veterinaria práctica.

Madrid y octubre de 1862.

PEDRO PEREZ BUSTOS.

VARIEDADES.

LAS MÁQUINAS AGRÍCOLAS.
EN LA EXPOSICION DE LONDRES.

De una interesantísima revista que con el título de «España en Londres» está publicando la Gaceta, tomamos el siguiente artículo, que, cuando menos, tiene el mérito de patentizar parte del lamento que en en este aprieto nuestra enseñanza y sobre todo nuestras prácticas agrícolas.

Vergüenza da, efectivamente, el considerar en qué lugar tan ínfimo y miserable nos hallamos colocados en relación con lo que sería útil y positivo. Mas, por desgracia, solo tenemos la perspectiva de que la causa de nuestros males dista mucho de haber sido comprendida por los gobiernos ni por nadie. Porque, ¿quién no ha de deplorar la extrañada senda que sigue el gobierno en las refermas que emprende cuando se le ve, por ejemplo, suponer que ha zanjado alguna gran dificultad con el propósito de crear cátedras y más cátedras de Agricultura incorporadas á los Institutos de segunda enseñanza? ¿Qué han de hacer esos Catedráticos? Para qué van a servir sus lecciones? ¿Qué valor, que significación han de tener en Agricultura práctica esas bandas de jóvenes, á quienes se le obligará á comprender en sus certificados de prueba de curso otra asignatura más sobre las muchas que creen haber estudiado y que, sin embargo, ni aun conocen? Y, ¿qué se ha de pensar de un público que acepta y hasta bendice cómo salvadora semejante idea, y de una prensa política que, en su pretensión de entender de todo, juzga en todas las cuestiones con tono autorizado, y aplaude y ensalza el mismo pensamiento?... Lo que nosotros opinamos en esta materia, es que caminamos equivocadamente; en cuyo aserto nos confirmaría, si necesario fuese, la lectura del artículo que vamos á transcribir, por revelarse en su autor un excelente criterio, un talento clásico, una instrucción general y alguna vez profunda, y á pesar de tan relevantes dotes, una ignorancia completa del mismo asunto que se propone ventilar.

Empero dejaremos estas reflexiones para mejor ocasión, que tal vez llegue á hacernos indispensable acatar en debida forma las diversas proposiciones, vertidas en estas pocas líneas.

Hé aquí el artículo á que nos referimos:

«Un publicista francés, citando la gran revista que el Gobierno provisional de la república pasó en el campo de Marte de París en 1848, revista que, según el cálculo de los Mariscales, ascendía a más de 400.000 hombres, decía que hubiera comprando semejante multitud de armados si, en vez de fusiles, bayonetas y cuchillos como ostentaban todos, hubiesen hecho gala de pasar por dueños de los reformadores modernos, una colección de instrumentos industriales y agrícolas. Este especícuco le parecía más propio de la revolución del siglo XIX. Y en efecto, para los que consideren paradojía la frase del publicista francés, por dudar, entre otras cosas, de que existieran arsenales donde prevean de armas pacíficas á tal muchedumbre de trabajadores, no habría si no asomarse al parque de Batterse en Londres durante los últimos días de Junio, para que se maravillasen de la prodigiosa cantidad de máquinas y utensilios con
que la increíble inventiva del hombre ha dotado en estos últimos años la Agricultura. Ahi habían instrumentos, no para armas a 400,000 hombres, sino a dos terceras partes de los humanos; pues aun cuando el extenso recinto dedicado a esta especial exhibición no contenía más que los modelos de los artículos que se habían inventado, con decir que esos eran 5,661 de diferentes géneros y aplicaciones, se habrá dicho las cantidades en reserva que tendría inventores y fabricantes para ofrecer al inmediato uso del labrador.

¡Cinco mil sesenta y cuatro especies diferentes de máquinas y utensilios de labranza! ¡Pasmose y maravílloso, que apenas figura, sin embargo, en la aritmética de los agricultores españoles!

En este arsenal de armas pacíficas es donde nosotros, nos hemos acordado más de nuestra patria.—¡Sería posible (decíamos) que aquel hermoso país, tan rico en zonas frutíferas, tan abastecida en terrenos privilegiados, tan vasta en sus vías en producciones de la naturaleza necesitase de ninguna de estas máquinas? ¡Sería posible que estén tan equivocados estos que aquéllos labradores, los unos para no saber moverse sin estos utensilios, los otros para no poder moverse cuando los toman en la mano? ¡Sería posible que las tabores practicadas con estos instrumentos no sean mejores, más abundantes y más baratas, que las que se practican con los primitivos y toscos de nuestro país, como creo la generalidad de nuestra gente del campo?

Y nuestra imaginación se perdía en conjunciones, mediante a veces en si toda aquella inmensa pradera cubierta de ingeniosísimas y sorprendentes máquinas sería uno de estos bazares de juguetes de niños, abiertos al público para codiciar de padres y encomio de pequeñuelos, que su fantasíaca abrigaría por existir en medio de tan gran ciudad.—Pero recordábamos luego, que al pasar por los campos de Picardia en Francia, de Holstein en Inglaterra, de Waterloo en Bélgica, y, generalmente por todos, los campos de todas partes desde la vertiente del Pirineos, los labradores de aquellas comarcas, a mas de distantes a los nuestros por su tránsito, eran diferentes también por la forma de sus acciones sobre la tierra, por el utensilio que tenían en la mano, por la dirección que daban, a sus movimientos. De vez en cuando un poblado de mujeres cercaban una cosa como a modo de carro que se movía sin bueyes ni mulas, tras del cual las hacías de mies brincaban del suelo para ir a caer dentro del vehículo. Otras veces una manada de humo espeso se debujaba por el campo, corriendo en direcciones oblicuas tras de un trabajador que parecía montado en la chimenea de una estufa. Al borde del camino, dos chiquillos jugaban como a pasarse el uno al otro sobre unas tablas, debajo de las cuales desaparecían las matas secas de los rastrojos, como si una mano oculta se las llevase con mágica presteza. Aquí, una especie de madera regaba la semilla; allí, una especie de cubo vertía el fruto; por todos, extendían, las acciones y los movimientos eran extraños; pero, poca rara el campo parecía jardín; la vegetación potente y vigorosa contrastaba con lo endeble y pálido del terreno; ni una colina, ni un bache, ni la fábrica debían de pagar su tributo de producción al dueño de la heredad; los animales campesinos, circunscritos al lugar en que no eran dañosos, pacían con absoluta independencia de árboles y sembrados; las tablas de los frentes diferentes estaban cortadas con la visión simétrica y estudiada igualdad con que los maestros pintores dibujan los paisajes; más de una vez nos hicieron la ilusión aquellos campos, de que una señorita salía por la mañana con sus tijeras para armar las puntas de las matas mientras otras detrás las sacaba fruto con un pañuelo de mopa.

Y no hay que burlarse de esta nuestra ilusión; pues es preciso ver los campos de Inglaterra, observar su cultivo, seguir las inflexiones de su laboriosa composición para poder formarse idea de lo que la civilización, el trabajo y los medios mecánicos producen sobre la tosca y accidentada corteza del globo.—Si estos hombres (volvimos a deciros) en vez de un terreno ingrato y de naturaleza casi estéril, en vez de un clima cruel, cuyas inmensidades son igualmente hosanas a criaturas y sembrados; en vez de esa capa de zinc que les cubre el cuello, obligándoles a fabricar el sol con esponjas subterráneas y brasaos de carbón de piedra, tuviesen tablas como las de Murcia, fangosas como las de Castilla, haces como las de Andalucía, robadas como las de Navarra, y un sol, un aire y una luz como los de España toda, ¿qué harían? ¿qué producirían? ¿qué lúdos no apartarían del seno de la tierra?

Adelántémonos a protestar contra un dicho de origen barbary y que anida de boca en boca para contestar de estos preguntes.—Si ellos tuvieran esas zonas y ese campo y esa riqueza madre (dice el vulgo) harían poco más o menos que nosotros: tenderse a la barbáreada mientras nace la fruta, y comerciarse después para dormir en seguida.

Pero ¿qué error tan grave encierra esa vulgar proposición?—Nosotros hemos podido oír desde hace mucho tiempo sin protestar energicamente contra ella, porque estábamos incomunicados con el resto del mundo; y el mundo que no paraba mientes en nosotros, lo cual, lejos de envenenarnos por lo que eso tiene de independencia, debía más bien sustituirnos por lo que significa de desnudarse, dejando que existiéramos como los países amurallados, que, en cambio de una tranquilidad ignorante, gozan al parecer de una falsa abundancia. Pero en cuanto al comercio de la civilización y las comunicaciones de la cultura social rompen las murallas de los pueblos, como se han roto nuestras murallas, en cuanto el visible progreso de nuestro país nos llama a la comunión de las naciones prósperas y opulentas, lo cual, si tiene mucho de placentero, tiene más todavía a lujoso y beneficente, entonces viene de fuera a llevarse esa hermosa fruta que les falta para consumirla en cambio de otros productos de mejorar y volvérsele a traer en cambio de nuestro propio dinero; cualquiera de cuyas extracciones minora la existencia y encarece el precio, dando por resultado que quien un día pudo dormir en la confianza de que al despertar se encontraría la fruta pendiente del árbol sobre su boca, despertará hoy con la sorpresa de que entre su boca y la fruta está el cesto del comerciante, que se lleva toda entera a donde la pagan.
No, no hay riqueza donde hay abundancia, ni es nación rica la nación fértil, como esta abundancia y fertilidad no están acompañadas del trabajo del hombre. El trabajo es la única riqueza positiva, tanto más, cuanto en mejores condiciones se emplea sin duda alguna; pero el trabajo siempre; pues la abundancia y la fertilidad sin él no es la teoría de la civilización, es la teoría de los africanos, que comen harina y beben leche, es la teoría de los asiáticos, que comen arroz y mascan ópio; es la teoría de los campesinos de América, que enlanzan una raza, y luego no tienen sal para condimentarla. La Europa con ser más fértil que las otras partes del mundo, es la más rica porque trabaja más. España, con ser la nación más fértil de Europa, es la más pobre porque trabaja menos.

Un día pudo decirse: no trabajamos más de lo que necesitamos, pero era porque, estábamos solos; ahora estamos acompañados del conscierto europeo y queremos disfrutar sus ventajas y consumir sus productos, y usar sus manufacturas, y obtener sus comodidades, y vivir, con desahogo, todo lo cual nos cuesta nuestro dinero o nuestro fruto, que es la misma cosa. Hace 20 años que una fanega de trigo en Castilla valía 20 rs.; ahora vale 40 cuando está barato, y 50 y 60 y más en años de mediana cosecha; en cambio entonces el agricultor ganaba 2 rs. y medio y dormía en el establo, y ahora gana 10 reales y duerme en colchon de lana. De poco o poco es que encargarse más en Castilla, y el agricultor cometerá carecer en todos los días, y usará camisa blanca de algodón y pantalones de paño fino, y mandará a sus hijos a la escuela, para todo lo cual necesitaría 16 rs. de jornal; la abundancia del trabajo sostendrá estos precios; los brazos escasearán por consiguiente como ya escasean; se harán nuevas roturaciones y se necesitarán más brazos; se llevarán de Castilla mayor cantidad de trigo; vendrán de fuera mayores cantidades de dinero; crecerá, en fin, con considerablemente la abundancia y la fertilidad y habrá un desgobierno entre el precio de la mano de obra y el precio máximo del valor de las mercancías: ¿qué hacer entonces? Desvistáremos las tierras; ¿cogeremos los canales que se están abriendo? Pondremos una muralla en las fronteras para que los extranjeros no nos traigan la felicidad.

Entonces hombreremos por no tener máquinas, entonces maldeciremos de esa frase que se pronuncia hoy con la sonrisa de la satisfacción: ¿Para qué trabajar si la naturaleza produce mucho?

Las máquinas han venido en auxilio del hombre para proporcionarle ese aumento de trabajo que él necesita sobre el suyo propio, con el fin de satisfacer sus necesidades. Al paso que una ayuda prodigiosa, son un nivelador justísimo de las exigencias extremadas; cuando el hombre ha pedido mucho por trabajar, viene una máquina que modera sus pretensiones; y nunca hay ni habrá más máquinas que las que se necesiten para esta nivelación, porque el hombre no descubre nada hasta que la necesita. Las máquinas, por consiguiente, no ofenden a nadie más que a la injusticia, ni producen daño alguno al trabajador; antes bien, facilitan el trabajo y tienen mayores utilidades al dueno para que pague mejor el trabajo mismo. Oponerse a las máquinas es una barbarie: no usariamos una suicidio de seguir contando todas esas credulidades e inútiles, sin probarlas realmente con hechos, sin probarlas con la experiencia, sin probarlas con el juego del tiempo, sin probarlas con el tiempo que nos falta, sin probarlas con el tiempo que nos falta, sin probarlas con el tiempo que nos falta. (Se continuará.)

GACETAILLA.

BASTA Y SOBRA.—Aunque con mucho sentimiento, a instancia de varios amigos, vamos a dirigir dos palabras al señor Carretero. Este señor se ha empeñado en calumniarnos sosteniendo que hemos dicho lo que no es verdad. El que lea nuestro periódico y El Monitor podrá convencerse de que el señor Carretero falta a la exactitud de los hechos. Así que, asegurando que LA VETERINARIA ESPAÑOLA ha declarado inútil el trabajo de la mula, que la mula es diana de ser exterminada, porque fue la cabalgadura predilecta de los frailes, y otras barbaridades por el estilo.

Ahorra bien, ladinos estos antecedentes, solo podemos y debemos contestar al señor Carretero que nos abandave, por no entender lo que ha leído, como al interpretar esos errores de bulo; cuyos errores, si son de buena fe, dan compasión; y si cometidos de intento, solo inspiran desprecio.

El señor Carretero es alumno de la escuela que dirige don Nicolás Casas, y escribe y ha escrito en el periódico que redacta y dirige don Nicolás Casas. Pues bien, tenemos la señor Carretero en su doble ocupación de alumno y lector, que indubitablemente alcanzará grandes laureles. Mas permitimos que no volvamos a ocuparnos de sus trabajos científicos ni de su persona.

Basta, pues, y sobra de contestación en un asunto que tanto nos espanta. Pero advertimos a El Monitor que, contra la delicadeza de nuestra educación y sentimientos, cada número suyo que, de hoy en adelante, contenga alusiones injuriosas o calumniosas para nosotros, cada número de esos, repetimos, va a ser objeto de una demanda judicial. —Se lo advertimos para que nadie tenga derecho a decir luego que promovemos escándalos profesionales.

Hemos afirmado diferentes veces que no leemos El Monitor más que cuando, por deferencia, damos gusto a algun amigo. Nadie extrañará, por consiguiente, que nos limitemos a cobarde y miserable cualquiera agresión personal que, sabiendo la predicha circunstancia, se nos dirija en ese periódico.

L. F. GALLEGOS.

Editor responsable: Leocadio F. Gallegos.